

Colombia mansiones californianas e instalaciones ultramodernas para sus caballos de paso". Son los temas que tratan los autores en sus relatos como víctimas y testigos de la infamia que se apoderó del país. El patrocinador de la edición, con la prudencia que caracteriza a la diplomacia, advierte que "Los textos de esta publicación son responsabilidad de sus autores y no representan los puntos de vista del gobierno de los Estados Unidos". Pero no se podrá negar lo que cuentan los relatos, porque todos somos testigos, sino cómplices.

"Fosas de esperanza", de Ligia Alicia Díaz, acusa a los paramilitares y a las fuerzas armadas del Estado.

"Idus de marzo", crónica de Alberto Pineda Cárdenas, denuncia a autoridades oficiales en connivencia con los funestos paramilitares.

"Padre no había enviado manzanas", de José Luis Garcés González, inculpa al Estado por desaparición forzada.

"Sin rostro", de Marco Tulio Polo Salcedo, cuenta la historia de un guerrillero reinsertado que llegó triunfante a la Asamblea Constituyente.

"Bajo el cielo de la democracia", de Liderman Vásquez Barrios, sugiere desaparición de un estudiante por agentes oficiales.

"Una familia feliz", de Diego Alejandro Giraldo, implica a la guerrilla en desaparición forzada.

"Diez años", de Asbel Felipe Ospina Muñoz, es una denuncia de usurpación de tierras por terratenientes. Denuncia de todos los días, sin que nunca se restituya lo robado.

En "Las cosas silentes y sus usos", de Diana Marcela Vega Vargas, aparece esta declaración: "Tendría que acusar a los asesinos que se la llevaron, y que hoy salen por televisión como voceros de una moral fantástica y de otras fantasías que llegan a ser ciertas en sus mentes desquiciadas".

En algunos textos la intención de ocultar algo, para no comprometer o comprometerse, hace que el relato resulte de improbable comprensión.

En la página 13 el prologuista agrega: "La modernización y el progreso parecen sólo darse en las ar-

mas, en los sofisticados sistemas de comunicación, en la brutal tecnología de la tortura o el interrogatorio". Y concluye: "Tristemente, una vez concluida la agobiante tarea de la lectura, los falsos positivos militares, para cobrar recompensas o ascender en las jerarquías, a costa de muchos sin trabajo, daban un inesperado giro de certidumbre a estas páginas en apariencia inverosímiles".

Tanto en la llamada primera violencia como en la actual, la responsabilidad del Estado ha sido comprobada y por ello deberá responder ante la Historia. La Historia y el futuro no preocupan a quienes ignoran de qué se trata, pero sus nombres y sus actos quedarán impresos como eterno baldón en la memoria de sus descendientes y expuestos al odio interminable de las generaciones.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR

En los meandros de la vida de pueblo

Mientras Dios descansa

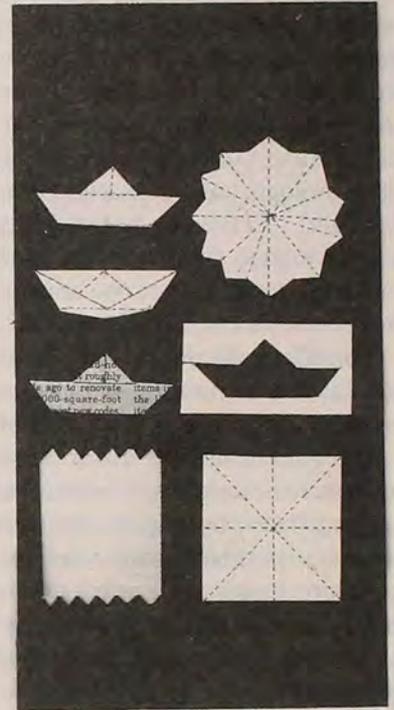
Claudia Arroyave

Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2007, 142 págs.

En su primer libro un autor deja el vislumbre de su suerte (de su talento) como creador, sea cual sea el género con el que empieza su andadura. El novelista lleva, tal vez, un poco de ventaja dado que en ella puede haber pasajes afortunados y otros que son un desastre, con lo cual el lector, normalmente, abre un compás de espera hasta la nueva salida de quien, sin duda, reincidirá.

No ocurre lo mismo, creo, en poesía y en cuento que, por la precisión y la síntesis inherentes a su condición, suelen tratar con mayor drasticidad a sus autores. Allí los lectores, casi de una vez, toman decisiones radicales: es bueno o es malo. Lo sigo o lo borro.

Estas consideraciones, que no dejan de ser generales y aleatorias, me sirven para decir que la lectura de la ópera prima de Claudia Arroyave: *Mientras Dios descansa*, deja ver una promisoriosa salida de la autora que agrupa nueve cuentos campesinos en los cuales es notoria la fuerza y la propiedad del lenguaje, primera condición de credibilidad en las mentiras de la ficción.



Como bien dicen los dos autores que hacen comentarios en el libro (Juan José Hoyos y Héctor Abad Faciolince), no es usual hoy en Colombia leer libros de literatura cuyas historias se desenvuelvan en el campo. Lo urbano, término que se volvió moda, y moda que se volvió ilegible (como todo lo que tocamos y vivimos es urbano, entonces nada lo es), es condición omnívora y omnipresente, no deja nada de ninguna otra parte. Quien no pertenezca a las nuevas tribus urbanas, no existe en ningún otro lugar. Los analistas sociales tendrán verdaderos argumentos para saber qué hacer (qué lugar ocupa este tema en sus estudios) con la población del campo, que en los medios de comunicación no figura sino como presa inerme de una guerra que, además de estúpi-

da y vil, oculta el rostro de cientos de miles de seres que viven y sienten el día tras día con sus sueños y sus miserias, como cualquiera, igual al más incógnito ciudadano que respira *smog* veinticuatro horas diarias y pronuncia la palabra estrés cada tres por cuatro, como si de un mantra se tratara.



Historias como las de *Mientras Dios descansa*, justamente, nos sacan un poco de la honda ignorancia en que vive nuestra alelada conciencia. Pero ellas no son radiografías sociales, ni reportajes, ni crónicas. Son literatura pura y madura (bueno, se acercan). Claudia Arroyave no “inventar” nada del aire (se nota), sino que les sigue los pasos muy de cerca a un puñado de personajes de un pueblo incógnito (hace bien en no decirnos cuál: “Pueblo sin nombre, pueblo cubierto por la niebla y el pecado”) y, cuento tras cuento, va entretrejiendo sus vidas, acercándonos a su trajín diario, a la tragedia de sus historias, a sus mezquinas debilidades, al igual que a la grandeza de sus existencias simples y a veces heroicas, aunque, como siempre (como bien dijo Onetti de la vida de sus personajes, que es la vida de todos nosotros), inútiles.

En cada relato aparecen y reaparecen los personajes que nos llevarán de la mano para enseñarnos el pueblo, los lugares donde se dan cita las historias más íntimas, tristes y entrañables: la iglesia, el café Gorrión, las calles por donde andan el frío, las ilusiones y las desdichas. Por allí están, por desorden de aparición e incompletos: el padre Mario y su carnal representación de Dios en la tierra ante la feligresía creyente a pie juntillas, aunque ya sabrá el lector de su mojada debilidad por una niña que en su sacristía tiene nombre propio (y hasta su propia sangre); Piedadcita, la niña de marras alma de Dios, monaguilla y objeto del deseo de un cura que es su tío (¡Dios!); Arturo, escritor en ciernes que agarra las historias de primera mano en el café Gorrión donde trabaja adolescente, pero que la vida llevará al autoexilio antes de producir un terremoto en aquel poblacho por causa de su irrefrenable gusto por los hombres, y quien regresará un día para corroborar el absurdo de la vida familiar que le develará, al tiempo, misterios inexplicables; don Vicente Chacón Villada, maestro jubilado y dueño efímero del bar El Percal porque el sueño de quitarle la sal al negocio que en otras manos nunca pelechó, terminó en la más patética tragedia shakespereana y don Vicente, espectro de excepción, es su protagonista; el alcalde don Próspero, avivato típico de pueblos remotos donde él es la única autoridad, avalada siempre con la bendición del cura, cínico y solapado y cómplice de asuntos *non sanctos*. La “gran familia” de un pueblo lejano (o tal vez muy cercano) que vive en el epicentro de sus calles empinadas cubiertas por la neblina, de los cafés donde fluye la conversación y el chismorreo y de la iglesia que congrega sus almas, su soledad y su indefensión. Personajes que van y vienen en un libro deliciosamente contado, alegre en su lenguaje, conocedor pleno de aquellas gentes que le dan vida, y en el cual nunca se comete el error de meter baza en lo que tiene que ser el destino sin

remedio de esas almas. Pero, además, un libro donde subyace la acre condición de los pueblos de provincia, no sólo por su casi siempre franciscana pobreza, sino también por sus afincadas e inamovibles costumbres llenas de prejuicios, de fe cristiana borreguil, de una moral pacata y atormentada.



Es virtud de este libro no sólo su hallazgo literario donde tienen cabida un humor natural, los diálogos bien llevados y también naturales, y un hilo narrativo que hace presa fácil al lector, sino también una inteligente intención de desnudar el alma de unos seres que asumen como suyos un destino pobre en posibilidades de volar hacia otros universos y lleno de frustraciones por la mano cruel de quienes cosechan en esos terrenos de ingenuidad, desprevenimiento y prejuicios morales.

Un libro que nos habla de todo esto solo a instancias de la vida de sus personajes y de una hábil y eficiente narración. Es el libro de una novata, puede que sí, pero llena de madurez literaria.

Con resultados como estos vale la pena, cómo no, el apoyo que significan las becas municipales de cultura, producto de convocatorias amplias y de premios bien (o relativamente bien) dotados. *Mientras Dios descansa* fue ganador de la III Convocatoria de Proyectos Culturales de la Secretaría de Cultura Ciudadana Alcaldía de Medellín en 2005.

LUIS GERMÁN SIERRA J.